







La Fea Burguesia  
— EDICIONES —



**FAWAZ HUSSAIN**

**MURCIA, TRAS LAS  
HUELLAS DE IBN ARABI**

**Traducción de Montserrat Abumalham**



La Fea Burguesía  
— EDICIONES —

MURCIA, 2022

La editorial es consciente de la necesidad de los recursos naturales para consumir cultura y de la colaboración en la conservación del medio ambiente. Así pues, por la impresión de este libro, ha plantado un olivo (*Olea europaea*) en el paraje de el Estrecho de la Encarnación en Caravaca (Murcia)



«Murcia, tras las huellas de Ibn Arabi»

© Fawaz Hussain, 2022

© De la traducción, Montserrat Abumalham Mas, 2022

© La Fea Burguesía Ediciones, 2022

Grupo Editorial Tres y Libros, SL

Murcia, España.

[www.lafeaburguesia.es](http://www.lafeaburguesia.es)

Diseño cubierta y maquetación:

Fernando Fernández Villa & Gloria López Corbalán

ISBN: 978 84 125967 0 0

Depósito legal: MU 809-2022

Printed in Spain - Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra







**MURCIA, TRAS LAS  
HUELLAS DE IBN ARABI**



# ÍNDICE

PRÓLOGO.....	13
CAPÍTULO I.....	17
CAPÍTULO II .....	43
CAPÍTULO III .....	61
CAPÍTULO IV.....	87
CAPÍTULO V .....	121



## PRÓLOGO

Marchar tras los pasos de Ibn Arabi podría ser (¡y lo es sin duda!) tarea de toda una vida. Seguir las peregrinaciones del «más grande de los maestros» entre Al-Ándalus, el Magreb y Oriente Próximo supondría entregar su existencia a la búsqueda perpetua de la Verdad, en un proceso iniciático sin fin. ¡Y qué decir de su obra literaria, tan fecunda: él mismo ignoraba el número de obras que había escrito!

El pensamiento de Ibn Arabi (1165-1240) es tan complejo, hermético y fascinante que constituye hoy el objeto de estudios universitarios tan numerosos como complejos; de modo que nos parecen reservados a los grandes eruditos o a los estudiosos de la teología. Para quienes somos legos e ignorantes del mismo, el pensamiento de Ibn Arabi nos estaba vedado hasta que leímos el libro de Fawaz Hussain.

Pues esta es, ante todo, la razón de ser de esta magnífica novela: «iniciarnos» en el pensamiento de Ibn Arabi yendo tras sus pasos en la ciudad donde vio la luz. El autor, nacido en Siria en el seno de una familia kurda, nos invita a un viaje de Damasco —lugar donde se encuentra la tumba del maestro— hasta Murcia, donde nació.

La trama del libro es variada, múltiple, y más que ante una novela estamos en presencia de una obra de una enorme erudición que nos abre las puertas del pensamiento de Ibn Arabi y nos ofrece una lección de Historia, desvaneciendo la idealizada imagen de lo que fue durante siete siglos Al-Ándalus: «el mito de una España musulmana ejemplo de armonía religiosa, social y cultural, no se tiene en pie».

El autor nos recuerda igualmente en qué se ha convertido el Islam contemporáneo: «En cuanto a los árabes de los países del Golfo, los que presumen de ser verdaderos musulmanes al servicio de los santos lugares son más bien la vergüenza de la Creación y del Islam. No hace tanto tiempo esos beduinos se lavaban aún los cabellos con la orina de sus camellos. Financian la construcción de mezquitas salafistas por todo el mundo, pero su fin está cerca. Con los bolsillos llenos de petrodólares, estos descreídos han transformado capitales como Damasco, El Cairo y sobre todo Beirut en inmensos burdeles».

Ojalá Fawaz Hussain, autor valiente, sea escuchado y sobre todo que sus palabras resulten proféticas. Lo que debemos a la filosofía árabe, inspirada por la sabiduría griega y luego voluntariamente perdida por el Occidente cristiano, («sabio» es uno de los 99 Nombres de Dios en el Corán) es inmenso, y en particular en el dominio de las ciencias. Ibn Arabi es quizás el mayor filósofo árabe de todos los tiempos.

Ibn Arabi era el filósofo del amor —es necesario leer su «Tratado del amor»— y cuando el

narrador se cruza con la «belleza suprema» al visitar la tumba de Ibn Arabi, entendemos que se trata de una aparición teofánica; la imagen de Nizam, esta joven mujer particularmente instruida, hija de un maestro sufí, quien inspiró al «maestro de maestros» los poemas de amor incluidos en «El Interprete de los deseos»<sup>1</sup>. Y cuando le abre su corazón al misterioso Miguel que, durante algunas horas irreales, lo acompaña tras las huellas de Ibn Arabi en Murcia, este le transmite paz y calma:

«Cuando se vive con él, quiero decir, cuando se vive con su pensamiento estamos sujetos a este tipo de visiones, de apariciones, de sueños diurnos, de teofanías. Pienso que reía bajo su capa al veros en este estado extático, los rasgos metamorfoseados por el aliento de la belleza suprema. No tiene nada que reprocharse, el Profeta del Islam había dicho: «Dios es bello y ama la belleza». Puedo confirmarle que era lo que el maestro esperaba de su visita, debería decir, de su reencuentro. ¿Qué hemos de hacer con una tumba, con algunos palmos de tejido verde y un bloque de mármol?»

Solo podemos apreciar la lectura y la doble intriga amorosa de esta novela. El estilo es poético y didáctico. Cada página mantiene al pensador en el camino de la verdad, que es la del filósofo árabe. Es imposible despegarse del libro de este autor exiliado en Francia, pues el exilio también

---

1 El francés dice «nostalgias», que es bonito. Pero siempre se traduce en español: «deseos» (o «deseos ardientes»). El árabe es *aswaq*.

es el tema de la novela. Es un autor mediterráneo y talentoso que seguiremos.

Existe otro gran personaje del Islam que conoció el exilio en Francia y cuyo deseo era descansar junto a Ibn Arabi, lo nombraba como el más grande de todos los maestros». Se trata del Emir Abdelkader. Según su deseo, el maestro sufí fue inhumado en Damasco el 26 de mayo de 1886, pero sus cenizas se repatriaron a Argelia en 1966. Este había escrito: «Si los musulmanes y los cristianos me prestaran más atención, haría cesar sus divergencias y se convertirían en hermanos por dentro y por fuera; pero no me escucharán, porque está preestablecido en la ciencia de Dios, que no se reunirán en un mismo pensamiento...»

La magnífica novela de Fawaz Hussain debería ser leída por todos. Consigue el tour de force de hacernos Ibn Arabi familiar y dar crédito al Emir Abdelkader, dos grandes maestros que han descansado en Damasco, tan próximos uno del otro y tan lejanos en pensamiento de tantos musulmanes.

Jean-Jacques Bedu

Escritor y Secretario General de Prix Mare Nostrum



## CAPÍTULO I

Una mañana de comienzos de diciembre, mientras contemplaba de cerca las sombrías nubes que poco a poco iban cerrando el cielo de París, mi móvil se puso a vibrar. A las nueve en punto, una aflautada y femenina voz pidió hablar con Faramarz Hajari. Cuando contesté que era yo, ella dijo llamarse Fulgencia. Pensando que su nombre español era demasiado antiguo y pasado de moda, se excusó, como si tuviera la culpa. Sus padres no le habían preguntado su opinión al nacer y no había dado su consentimiento tras una madura y profunda reflexión. Llamaba desde España, desde su ciudad de Murcia «más bien, la ciudad de Ibn Arabi», precisó, haciendo hincapié en una pausa como si quisiera captar mi reacción. Visto que yo no le colgaba en las narices, ella añadió, con toda seriedad y sin pizca de ironía, que esperaba no estar molestando al gran escritor que era yo. No. Fulgencia no molestaba a nadie, por el contrario, me proporcionaba un inmenso placer. Me sacaba de mi aburrimiento y desbarataba las tenebrosas maquinaciones de las nubes en el cielo de París. Al borde de mis sesenta y cinco

años, yo, Faramarz, su pretendido «gran escritor», estaba buscando un modo de organizar mi caos interior y de dotar de sentido mi creciente apatía. Estábamos en el primer cuarto del siglo XXI y los milagros hacía mucho que habían desertado del mundo, especialmente desde que se los podía estudiar científicamente.

Profesora de francés de instituto, recientemente jubilada, Fulgencia estaba organizando una conferencia sobre el exilio que, en su boca se convertía en *el esilio*. Contaba con mi participación, con el fin de reparar una injusticia, aunque en ningún caso especificaba de qué perjuicio se trataba, ni a quién afectaba o cuándo se había cometido. Si se trataba del exilio y de que se hubieran debido erradicar todas las causas que forzaban a las personas a romper los lazos con su medio originario y a vivir en otro lugar, ¡el mundo no sería lo que es! El exilio había comenzado con Adán y Eva, padre y madre de la humanidad. En un escenario bíblico digno de un *peplum* hollywoodiense; los dos arquetipos se hacían expulsar del Paraíso por una falta que estaban obligados a cometer. La voluntad divina lo había escrito, desde allá arriba, incluso antes del Génesis.

Cuando le pregunté: ¿Por qué yo, Fulgencia? Hay centenares de grandes escritores que tratan este asunto. Su respuesta fue rotunda y bien ensayada; es decir, había leído con gran atención mi novela *El espíritu del sílex*, le encan-tó, había constatado que los *esilios* me conocían. Se trataba de una imagen reiterada, repetitiva, era como tener una doble piel.

Fulgencia iba a invitar a otros dos novelistas más, un hombre y una mujer, por aquello de la paridad: Ella sería la moderadora y, por tanto, la segunda mujer de la mesa. No me ocultó que, en principio, se había dirigido a editoriales prestigiosas. Pero, en el momento en que pronunciaba su nombre, Fulgencia, con su acento español, y diciendo que llamaba desde Murcia, la ciudad de Ibn Arabi, los responsables de prensa le colgaban en las narices, creyendo que llamaba desde Libia o Yemen. Un atisbo de cólera hizo temblar su aterciopelada voz, como cuando una ráfaga de viento riza la superficie de un lago dormido. Recobrándose al instante, siguió diciendo que aquellas personas no eran capaces siquiera de ubicar su ciudad en el mapa de España. Contenta de encontrar en mí un oído atento, adelantó, en un tono más agradable, que seguro teníamos por lo menos un punto en común. Al leerme, había comprendido que ambos estuvimos en la Sorbona en los años ochenta y que probablemente habíamos frecuentado los mismos restaurantes para universitarios. Sólo le faltó citar los senderos del jardín de Luxemburgo y las aceras del Barrio latino húmedas y frías en otoño. Habría puesto la mano en el fuego porque seguramente más de una vez habríamos coincidido en la gran mesa de la Biblioteca Central de la Sorbona, la que está en el primer piso, cerca del anfiteatro Richelieu. Ella iba todos los días para preparar su tesina en literatura francesa. Cuando hacía bueno, se sentaba en los bancos de cemento en el patio central de la universidad, allí donde

estaban las estatuas de Víctor Hugo y de Luis Pasteur que parecían tener frío. Comía siempre al mediodía en Mabillon, justo al lado.

—No sé cuánto pueda costar ahora. Entonces, se pagaban unos pocos francos, no llegaría a unos cincuenta céntimos de euro, dijo ella.

Fulgencia pasó a otra categoría de argumentos. Primero dijo que en marzo en París llueve con frecuencia, el mes en el que tendría lugar el encuentro-debate. ¡En Murcia, nos encontraríamos con 23 o 27 grados, o incluso más, señor Hajari! En Alicante, algunos, personas sin duda temerarias, se bañaban en el Mediterráneo, incluso a finales de febrero. En cuanto a los gastos de desplazamiento y alojamiento —asunto crucial en este tipo de actos culturales— no habría que «preocuparse». Su asociación se encargaría de mi billete de avión, ida y vuelta, y de mi alojamiento. Álvaro y su socia Elvira, los dos gerentes del hotel, me reservarían la mejor de las habitaciones, situada en el primer piso. Un coche me recogería en el aeropuerto de Alicante y me llevaría de regreso después de la conferencia.

Fulgencia echó su último argumento en aquella batalla que esperaba ganar; una victoria muy trabajada. Sabía que yo estaba ahora jubilado, lo decía yo mismo en mi libro, y ella lo glosaba haciendo referencia a mis acerbas críticas a la administración francesa. Me invitaba para tres días, pero, si el corazón me pedía quedarme más, no había «problema». Decididamente, nada era un problema para la murciana que había perfilarado todo un programa para mí. Sin duda iría-

mos a Cartagena y a Caravaca de la Cruz. Sevilla, Córdoba y Granada, a ella le habría gustado llevarme, pero esas ciudades estaban desgraciadamente lejos y después de todo, yo ya conocía Andalucía; lo sabía porque yo lo mencionaba en mi novela. Sin embargo, no perdería nada a cambio, podría admirar, a lo largo del camino, a derecha e izquierda, limoneros y naranjos hasta donde alcanza la vista, además de granados y palmeras, incluso una noria en Alcantarilla, en donde sus padres habían tenido un restaurante. Los árabes fundadores de Murcia en el 825 habían desarrollado, junto al río Segura, un sorprendente sistema hidráulico compuesto de canales de irrigación y acueductos. Además, fabricaban los más brillantes tejidos de la región y de toda la Península ibérica.

—¡Diga que sí, señor Hajari! ¡Cuento con usted para reparar una injusticia! ¡Los *esilios* sin su presencia no serían *esilios*!

Cuando le pregunté de qué injusticia hablaba, desde el sur de España, lanzó un suspiro como el de alguien que trata con uno lento de entenderas. Después, con un tono afelpado, replicó:

—Es evidente, señor Hajari, ya le he dicho que llamaba desde la ciudad de Ibn Arabi. Como usted sabe nació en Murcia y murió en Damasco, en el país de usted. Él también llevaba los *esilios* en la piel. Estaría bien que hablara de ello en su intervención. Creo que no se hace por él lo suficiente.

Ante aquella panoplia de argumentos no podía declinar su invitación sin parecer un patán.

Por otra parte, encontraba que el nombre Fulgencia era de una belleza inmensa, verdaderamente exótico. Al oírme decir: «Puede usted contar con mi asistencia», ella dio un pequeño grito de alegría. Se dejó de cortesías y me tuteó, lo que no dejó de gustarme:

—¡Estoy emocionada!, Muchas gracias<sup>2</sup>, Faramarz. ¡Ya verás, no habrá «problema»!

Sin duda, reprochándose su atrevimiento retornó al tono ceremonioso del principio y con una voz aún más suave:

—Sí, estoy como en el cielo, señor Hajari. ¡Muchas gracias! ¡Tenemos una sala para trescientas personas! Espero que tendremos público.

Después de esta conversación, la capa de nubes perdió, como por arte de magia, buena parte de su espesor funesto. Permitió a los rayos de sol iluminar los tejados de enfrente y como un polvo blanquecino se extendieron por encima del bulevar de los Maréchaux. Cornejas y urracas se disputaban los bordes de las chimeneas que les servían de percha y eran espacios que defendían con picos y garras. Después de la instalación de la calefacción central de fuel en los edificios de protección oficial<sup>3</sup> de la ciudad, aquellos conductos para el humo no servían más que para añadir un toque poético y nostálgico a los tejados de París. Me parecía incluso que el ocre de los ladrillos casaba bien con las placas de cinc que

---

2 En español en el original

3 En el original HLM, son edificios de alquiler protegido por el Estado

cubrían los flancos del ático. Una mujer magrebí, probablemente bereber, tendía la ropa en el octavo piso. En el marco de la ventana abierta, sus blancas y rollizas manos contrastaban con el gris del cielo. Debían palpar adecuadamente el cuscús, la miel de sus montañas y el suavizante de la colada. Ocupada en su tarea doméstica, ignoraba lo que, sobre su cabeza, tramaban las enfurecidas aves.

Si yo había aceptado tan rápidamente, la razón era muy simple y pragmática: Me aburría en París como una ostra. Y, por otra parte, a caballo regalado, no le mires el diente. Era un resquicio liberador en la fortaleza inexpugnable de la monotonía. Los dos naturales de Murcia, la viva Fulgencia y el fallecido Ibn Arabi, me concedían el tiempo de una pequeña escapada de mi rutina diaria llena de contrariedades. Sobre bandeja de oro y plata me presentaban un pedazo de paraíso de limoneros y naranjos. Además, Fulgencia tenía razón al decir que acababa de jubilarme, pero ¿sabía acaso a qué precio? Una verdadera carrera de obstáculos. Una real bajada a los infiernos. No es que tuviera un motivo de rencor, sino todos y cada uno contra la administración y, en particular, contra la Caja nacional de seguros de vejez. La CNSV, una vergüenza para un gran país como Francia, me había conminado durante todo un año, y siempre con un tono amenazante, agotador, sádico, para que le proporcionara toneladas de documentos y de justificantes. Completamente deshumanizada, absolutamente histérica, totalmente de otra

época, aquella bestia resentida se alimentaba insaciablemente de documentación, de mala fe y de rencores. Sospechaba que todos los que hacían una solicitud eran deshonestos, buenos para nada, vagos que le costaban un montón de «pasta gansa», un ojo de la cara, más bien los dos. Durante el tiempo que duró el examen de mi expediente, la Caja permaneció cerrada a cal y canto, escondida detrás de una barricada, oculta, inexistente. Le envié una veintena de pliegos por correo, pero se las arreglaba para encontrar un error, el documento que faltaba y que se convertía en el grano de arena que bloqueaba el procedimiento. Antes de dignarse a concederme lo que el país me debía, mi estricto derecho, el más legítimo, ya lo había reducido a un puñado de cacahuetes, lo había menguado, lo había dejado en una miseria.

Degradado desde la jubilación, me temblaban todos los miembros del cuerpo ante la época de vacas flacas que se avecinaba. No me atrevía a tocar demasiado los ahorros de los buenos tiempos en los que me había dejado la vida para ganarme la existencia. Había tachado definitivamente los viajes que tenía reservados para más tarde, «cuando estuviera jubilado», como decía. ¡Adiós al Japón, sus templos y sus jardines zen! ¡Que Dios guarde<sup>4</sup> al Irán de las artes y los caravansares de la ruta de la seda! ¡Bye a las pirámides de Egipto y al desierto marroquí al sur de Uarzazat! Así mismo las gargantas de Verdon

---

4 Khoda hafez (persa) en el original.



y las rías de Marsella habían sido remitidas *ad calendas graecas*. Vivía lentamente, apretándome el cinturón hasta partirme en dos. Me había convertido en un fiel cliente de los egipcios que vendían verduras en la acera del bulevar Mortier. Podía incluso bajar hasta la plaza Edith Piaf y la acera que bordeaba el depósito de cadáveres del hospital Tenon, en la calle Belgrand, donde los precios de las frutas y verduras eran aún más asequibles. Dos lechugas por un euro, cuatro aguacates por dos euros, era un regalo, desde luego, pero, con frecuencia, había que tirar a la basura la mitad al cabo de unas horas. ¡La calidad se paga!

Tras mi conversación con Fulgencia, me permití un abundante desayuno continental. ¡Un festín digno de un gran escritor que era invitado a dar conferencias fuera de las fronteras de Francia! Café con leche, zumo de naranja —a dos euros los dos briks de un litro empaquetados juntos— dos tostadas con mantequilla semisalada y queso, y un generoso puñado de aceitunas sin hueso para acentuar la diferencia entre lo salado y lo dulce. Instalado en mi pequeña cocina, entre la neverita, la mesita, el minúsculo fregadero y la cocina de gas de tamaño reducido, me sorprendía a mí mismo sonriendo. La imagen apreciada y bien valorada que Fulgencia tenía de mí y de mi carrera de escritor, desgraciadamente, no se correspondía con la realidad, con la verdadera; mi mesa abarrotada de manuscritos rechazados daba testimonio. A medida que me agitaba, las ideas se balanceaban en

mi cabeza y las emociones en mi pecho. Mi alegría iba siendo sustituida por angustia y pánico, un inmenso y paralizante pánico se apoderaba de mí. Inquieto por naturaleza, me reprochaba haberme comportado como uno que come en todos los pesebres, como un oportunista, como un picaflor.

Debería haber reflexionado con madurez antes de aceptar ir a Murcia. ¿Quién era yo, Faramarz Hajari, para hablar de Ibn Arabi y además en la ciudad en la que había nacido? ¡Es imposible ir al encuentro del Sheij al-Akbar, el más grande de los maestros de la mística musulmana, como quien va a dar una vuelta por las orillas del Sena o por los senderos del jardín de Luxemburgo, con una bolsa de plástico con un kebab con patatas fritas y una CocaCola light! No me sentía en modo alguno capaz de una tarea como aquella, cuanto más cuando no conocía el nombre de las otras dos personas que probablemente serían dos eminencias en el corpus akbarí y en esoterismo. Eran necesarios meses, más bien muchos años de estudio para acceder al código del gran maestro y descifrar su gigantesca obra. Pero eso no era tan sencillo. Mi pensamiento y mi concentración podían muy bien no llevarme a ese fin, no había ninguna garantía firmada de ello. Sin duda me gustaba recitar en árabe su *Turyuman al-ashwaq*, *El intérprete de las pasiones*, y otros poemas de su inmensa obra, pero eso no me convertía en un experto acerca de su universo hermético.

Fuese sunní o chií, el sufismo, la mística musulmana, resbalaban sobre mi alma como el

agua sobre las plumas de un pato. Por mis orígenes curdos, me sentía cercano a los grandes poetas persas de los siglos XII al XV y del Imperio Persa, que leía de cuando en cuando en su lengua original. Había aprendido a recitar algunos poemas de Hafez, de Saadi, de Baba Tahir y sobre todo de Jayyam, pero aquello no me llevaba muy lejos. Por lo que respecta a Ibn Arabi, Averroes, Ibn Taymiyya, cuya madre era curda de Harán, o incluso el gran al-Maarri, el sirio del norte de Alepo, que le había dado su nombre a mi instituto, todos sus escritos estaban destinados a investigadores universitarios y la gente inclinada a las lucubraciones esotéricas. Yo me había interesado vagamente por asuntos relativos a la *tawba* (conversión), a la experiencia de *jadhba* (arrebataamiento extático) y a la práctica del *suluk*, progresión metódica por la Vía que conduce a Dios y a la salvación del alma. Desde mi jubilación mis preocupaciones se quedaron a ras de tierra. Me debatía como un demonio en la pila de agua bendita para llegar a fin de mes. Seguro que no era yo la persona indicada para intervenir acerca del maestro andalusí en Murcia.

Por los tiempos que corrían, la era de Daesh y compañía, sabía que el conjunto de la obra de Ibn Arabi horripilaba a los wahhabíes de Arabia Saudí y de los países del Golfo. Con el dinero del petróleo que entraba a raudales en su caja, la doctrina salafí financiaba a la mayoría de los movimientos sunníes y yihadistas en todo el mundo. Llevaba a todas partes una propaganda

difamatoria contra el más grande de los maestros. Aquel que se había ganado el sobrenombre de Muhy al-Din, el ‘Vivificador de la religión’, se mudaba para ellos en Mumit al-Din, el ‘Asesino de la religión’. En las *fatwas*, las fetuas de esos chiflados por Dios, el gran pensador nacido en el siglo XII se convertía en un hereje, un renegado, en resumen; un hombre que debía ser combatido, cuyos escritos debían desaparecer en el fuego purificador. En Túnez, el ayuntamiento había quitado su nombre a una calle de la capital. Se habían machacado con un martillo sus efigies.

Quien dice Ibn Arabi, abre de par en par la puerta de la historia de la conquista arabo-musulmana. También en este punto mi competencia se limitaba a muy poca cosa; sobre todo a un nombre: Tariq Ibn Ziyad. En Siria, mi ciudad era, en realidad, un pueblucho perdido del extremo noreste del país, muy lejos de las grandes y antiguas ciudades de Alepo y Damasco. Su territorio, plano como la palma de la mano, se quemaba hasta las entrañas por la luz cegadora de unos veranos de los más ardientes del planeta. Desde los tiempos del instituto, la enseñanza se hacía exclusivamente en árabe, el curdo carecía de carta de naturaleza. Nuestro profesor de historia y geografía nos hablaba con nostalgia de aquel Tariq Ibn Ziyad y de su jefe Musa Ibn Nusayr, el gobernador omeya de Ifriqiyya, África, y general de las tropas musulmanas. En 711, Tariq llevó a su flota desde el actual Marruecos hasta España. Este estratega militar, nos

decía el profesor, había hecho quemar las naves que les habían permitido poner un pie en el continente europeo. Dijo a sus hombres: «Gente, ¿cuál es la escapatoria? El mar está detrás de vosotros y el enemigo delante y no tenéis más Dios que la sinceridad y la paciencia». Le dio su nombre a Gibraltar, Yebel Tariq, y permitió que los musulmanes conquistaran casi toda España, donde permanecieron ocho siglos.

El profesor sabía en su interior que nos presentaba una imagen gloriosa de las conquistas árabes que no traducía la realidad histórica con fidelidad. Por razones nacionalistas y panarabistas, ocultaba a sabiendas los orígenes de Tariq y que había llevado a cabo su hazaña al frente de un contingente formado básicamente por beréberes de reciente conversión al islam. El profesor de educación religiosa no era una excepción a la regla y mentía también. Para él, entre todas las religiones monoteístas, el islam era la más justa, la más tolerante, no en vano era la que ponía el broche final a la profecía. No abordaba ni de cerca ni de lejos la violencia que había acompañado el asesinato de los califas y la trágica suerte reservada a todos los descendientes masculinos y femeninos del profeta Muhammad. Los primeros musulmanes sin duda respondían al mismo patrón que todos los conquistadores. Cinco siglos después de la salida de Boabdil, el último rey de Granada, nuestros dos profesores, como millones de otros árabes, derramaban todas las lágrimas que tenían a causa de la pérdida, inestimable, de la Andalucía mu-

sulmana y árabe. Me hubiera gustado que nos hubieran dicho un par de cosas acerca del final de Tariq el beréber, pero eso no convenía a nadie entre el cuerpo docente. ¿Cómo separar el grano de la paja? Después de su extraordinaria victoria sobre los reyezuelos cristianos debilitados por guerras intestinas, los dos conquistadores fueron llamados a Damasco. Musa Ibn Nusayr fue asesinado en la gran mezquita, sin la menor consideración por un lugar sagrado. En cuanto a Tariq Ibn Ziyad, murió hacia 720 en la miseria y el olvido, en el exilio, a miles de kilómetros de sus tierras bereberes del actual Marruecos. Aquí tenía yo un tema que podría causar sensación ante el público de Fulgencia, si alguien me preguntaba acerca de los peligros de frecuentar a soberanos mudables o desenvolverme en naciones ingratas.

Desde París, en 2008, había hecho un viaje a Andalucía, visitando Sevilla, Córdoba y, por supuesto, Granada. Se trataba de llenar un poco mis lagunas acerca de historia y, sobre todo, descubrir la belleza de los jardines islámicos y ¡marcharme de vacaciones como todo el mundo, caramba! En Gibraltar, la montaña de Tariq, intenté tomar el barco para pasar el día en Tánger, en Marruecos, pero el alborotado mar me lo impidió. Los escritores europeos y americanos, que buscaban un cambio de aires, se instalaban en las terrazas de los cafés populares que miran al Estrecho. Contemplaban a la juventud huir de un África corrupta y a las moscas ahogarse en los vasos de té con menta que se habían que-

dato fríos. Aquel pequeño viaje por Andalucía me marcó profundamente, en particular la ciudad de Córdoba, a orillas del Guadalquivir, y su mezquita con el mihrab, error de cálculo, más bien orientado hacia Marruecos que a la Meca. En Granada pasé horas enteras en el complejo palaciego y en su jardín, el Generalife. No tuve ni el más mínimo pensamiento acerca de Ibn Arabi ni de Tariq Ibn Ziyad. No sabía que ambos habían muerto y sido enterrados en Damasco con algunos siglos de diferencia, ni que Fulgencia, diez años después, me invitaría a reflexionar en Murcia sobre el tiempo que pasa y el hombre que fenece.

La ventana de mi cocina dejaba entrar la suficiente claridad como para prescindir de la lámpara que colgaba sobre la mesa. Me había tomado el desayuno sin prestar la menor atención al sabor del café ni a la textura de las tostadas con mantequilla y queso, calentadas en el microondas. En un arrebato de conciencia y lucidez, me preguntaba con frecuencia si no estaba divagando, si mi imaginación desbordante no me jugaba malas pasadas. Estaba bebiendo café, ni güisqui ni vodka, mis dos bebidas preferidas con mucho, por delante del vino y la cerveza. El título de la conferencia era claro como el agua de montaña: «Tres miradas sobre el exilio en Murcia». No se prestaba a confusión; cada uno de los intervinientes daría su definición del exilio y relataría su experiencia personal tal como la testimoniaba su obra literaria. Como profesora de francés en un instituto, Fulgencia había in-

vitado a novelistas y no a especialistas en esoterismo ni a dos puntales de esos estudios como Claude Addas o su padre Michel Chodkiewicz<sup>5</sup>. Hasta donde yo llegaba, no había escrito ni una línea acerca de la búsqueda del bienestar o de la salvación del alma en *El espíritu del sílex*. De mi intervención, ella esperaba, todo lo más, una simple evocación de su conciudadano muerto en la capital de mi país. Por otra parte, ¿una conferencia sobre Ibn Arabi sería del interés del público que preveía en su sala para trescientos asistentes? No, francamente, debía poner fin a mi delirio y disfrutar plenamente de esta ocasión de encontrarme en un lugar de España que no conocía. Me embriagaría del perfume de los limoneros, los naranjos y los granados. ¡Tapas y cerveza española! Como el cuscús, la paella figuraba entre mis platos nacionales preferidos.

Fulgencia aún removía en mí cantidad de emociones y recuerdos. ¿Me conocía más allá de lo que podía imaginar? ¿Era capaz de leer en mí como en un libro abierto sobre la mesa o en la cama? Según sabía, nunca había mencionado en *El espíritu del sílex* el nombre del gran místico. Sabía desde hacía mucho que Muhammad Ibn Ali al-Arabi al-Hatimi al-Tai me atraía como un imán a los metales. Considerado como uno de los más fecundos autores de la literatura árabe, el nativo de Murcia contaba en su haber con

---

5 Ambos de origen polaco, afincados en Francia e investigadores de la mística musulmana y en particular de la obra de Ibn Arabi.



unas cuatrocientas obras, con decenas de versos que yo era capaz de saborear en pequeñas dosis. A pesar de los siglos que nos separaban, nuestros caminos se habían cruzado en numerosas ocasiones. No sabía por qué, pero ejercía sobre mí, cierto que con altibajos, una gran fascinación. Gracias a la invitación de Fulgencia, se me presentaba tal vez una ocasión de oro para saber más acerca de ello.

Desde la guerra de Siria y de mi jubilación, la más mínima contrariedad alteraba mi equilibrio mental y psíquico. A penas era capaz de recomponer mis escombros, de encontrarle un sentido a mi vida. ¿Fulgencia me estaba sugiriendo la figura de su compatriota del siglo XII como un modelo que debería seguir para curar mi desazón? ¿Estaba relanzando la puesta al día de un proceso salvífico que se debía producir en mí? Cuando aún era muy joven, Ibn Arabi había alcanzado la serenidad en la renuncia, el desasimiento y la búsqueda de la Vía. En lugar de ser la coincidencia de varias circunstancias fortuitas, el murciano aparecía como una señal. El viaje que me había propuesto se presentaba como una a exploración de mi ser. Había piezas de un puzzle que tenía que juntar.

No iría a Murcia porque se me ofreciera un viaje y comer de gorra, sino porque yo esperaba, en el fondo, que ese destino coincidiera con una aventura llena de descubrimientos; una especie de viaje iniciático. Sin embargo, no siendo creyente ni inclinado a las especulaciones metafísicas, ignoraba totalmente en qué modo Ibn

Arabi serviría de ayuda para salvar mi alma de agnóstico. Según el gran maestro de la mística musulmana, la fe en Dios y la *sunna*, la *imitatio Prophetarum*, la imitación de Muhammad en sus menores gestos y palabras y sobre todo la *ubudiyya*, la entrega ontológica a Dios, constituían la única vía de acceso a la perfección espiritual. ¿De qué modo alguien sin vocación podía ser elegido por la luz divina? ¿Algo verdaderamente prodigioso se estaba preparando para mí, cuando yo no formaba parte de los «hombres espirituales que se apegan al espíritu»?

*Amado,  
¡Tantas veces te he llamado  
Y tú no Me has escuchado!  
¡Tantas veces Me he mostrado a ti  
Y tú no Me has visto!  
Tantas veces me convertí en suaves efluvios  
Y tú no los percibiste,  
En comida sabrosa  
Y tú no Me saboreaste.  
¿Por qué no puedes llegarte a Mí  
A través de las cosas que tocas?  
¿O respirar Me a través de los aromas?  
¿por qué no Me ves?  
¿Por qué no Me oyes?  
¿por qué, por qué, por qué?*

¿Vería, oiría y respiraría al Creador de los Dos Mundos sin saberlo? ¿Tendría una solución radical a mis interrogantes existenciales? ¿Dios se manifestaba en cada instante de mi vida?

No se puede dar nada por sentado. Puesto ante los hechos consumados, en aquel momento, tenía prisa por acabar, por saber qué sorpresas me reservaban los dos murcianos. Según la apuesta de Blaise Pascal<sup>6</sup>, no tenía nada que perder porque ya había ganado un viaje y además estaba jubilado y disponía de todo mi tiempo. Además, la guinda del pastel era que, tan lejos como me alcanzara la vista, limoneros y naranjos se extenderían hacia el infinito. ¿No era ese el único y verdadero paraíso sobre la tierra, dado que el más allá no existe? ¿Me equivocaba terriblemente y el Misericordioso pondría fin a mi alejamiento, demasiado largo, llamándome hacia Él? Disponía de tres meses, no tanto para convertirme en un especialista en el corpus akbarí, sino para desarrollar el discurso, de manera coherente, de un curdo sobre el exilio, una temática que estaba adherida a mi piel, en eso Fulgencia tenía toda la razón.

A propósito del Creador de los Dos Mundos, del Misericordioso que me aguardaría en Murcia para recuperarme, a mí su oveja perdida y posiblemente negra, conocía una anécdota muy divertida que sin duda haría las delicias del auditorio de Fulgencia si se me presentaba la ocasión de contarla.

Al comienzo del Génesis, Dios da la sensación de no tener unos planes muy definitivos. Su gran

---

6 Se trata del argumento de este matemático del siglo XVII que proponía que es mejor apostar que Dios existe. Si no existe, no pierdes y si existe, puedes ganar la salvación.

obra se asemejaba a una especie de taller, tanto más cuanto acababa de salir de las tinieblas de la nada. No se esperaba en absoluto, a modo de ejemplo, que el arcilloso de Adán se aburriera en el paraíso, a pesar de la compañía de los animales y de una lujuriente vegetación puesta allí para distraerlo. Dicho de otro modo, Dios lo sabía todo, pues era un omnisciente absoluto, pero sencillamente sentía un cierto placer por la puesta en escena y los simulacros de democracia, mucho antes de la existencia de la Grecia antigua, sus grandes filósofos, sus hombres políticos y sus anfiteatros adosados a colinas boscosas. Quería dar de sí mismo una imagen de creador ilustrado que no tomaba decisiones sino tras haber consultado a los sujetos concernidos, y mandó que Adán, el burro y el perro compa-recieran ante Él. La cita se fijó a las orillas del Tigris, uno de los cuatro ríos del paraíso, porque los otros tres tenían unos nombres difíciles de pronunciar, teniendo en cuenta que el mundo se hallaba en sus balbucesos. Deseaba divertirse a costa de sus tres criaturas a propósito de una cuestión crucial: la duración de su vida, el tiempo de existir antes de desaparecer. Dicho esto, Él ya había concebido en su divina cabeza el encadenamiento de los acontecimientos que iban a suceder, incluido el fin de los tiempos. Tenía una visión panorámica del conjunto, como cuando se está sobre un promontorio y se tiene una muy buena vista. Lo tenía todo planeado: el pecado original, la expulsión del paraíso de la pareja arcillosa y desobediente, el fin de toda la

vida sobre la tierra y el juicio final, para cerrar el círculo y proporcionar un significado implacable a toda aquella empresa universal y absurda. Se aclaró la voz, ya cascada, tosiendo y llevándose la palma a la boca:

—Después de reflexionar seriamente os he otorgado una vida de treinta años a cada uno.

Dijo esto en un hebreo muy arcaico, pero que todos comprendían, ya que era la lengua oficial del Génesis y con la que Adán había designado las cosas por su nombre. Después de esta entrevista, pensaba en dedicarse al séptimo día, el shabbat, ya que, por más omnipotente que fuera, se había dedicado a unos trabajos que no eran poca cosa, y se sentía un ‘pelín’<sup>7</sup> cansado.

Adán acababa de ser modelado a base de tierra y animado por el soplo divino. Se sabía privilegiado, ya que Dios lo había creado a su propia imagen y lo había escogido para ser el jardinero del paraíso celestial. Ignorante aún de la noción de tiempo, el hombre de barro se entregó a la sabiduría divina, ya que no había hecho nada para merecer todas aquellas consideraciones:

—Os doy las gracias, oh Creador, que vuestra voluntad sea hecha.

—Bien, bien, dijo el Creador, acariciando la punta de su blanca barba.

Llegó el turno del asno de manifestarse. Desde luego se sentía halagado de ser considerado en pie de igualdad con el hombre y de encontrarse ante el Todopoderoso, pero el cuadrúpedo no

---

7 Chouïa, un poquito, en árabe magrebí en el original.

era tan bestia, y había algo en la voluntad divina que le incomodaba. La ocasión de corregir el tiro era imprevista y se podría obtener una vida mejor. Dobló las dos patas delanteras haciendo una graciosa reverencia, Bajó los grandes ojos y agitó las largas orejas y luego se expresó en el mismo idioma que Adán. Sin rebuznar —no hubiera faltado más que un asno rebuznando a placer en el paraíso— dijo:

—Luz de los cielos y la tierra, si se me permite, me conformaría con diez años. No quiero más.

Dios puso cara de estar intrigado ante este giro, esta reclamación inesperada, pero de hecho, ya tenía previstas todas las réplicas y todas las acotaciones en un inmenso registro en el que había anotado el destino de cada ser humano y la historia posterior de cada vida. Conocía perfectamente la razón que empujaba al asno a enunciar aquella proposición, pero quería jugar el juego hasta el final, y la voz del asno no era aún desagradable a su oído divino.

—Te escucho, asno, explícate ¿por qué quieres conformarte con un tercio de lo que te concedo?

—Imploro vuestro perdón si me muestro insolente, pero sé el tormento que me espera una vez en la tierra. Los hombres me cargarán los fardos más pesados. Me conducirán por los senderos más áridos y me forzarán a lanzarme a los barrancos más profundos. Vos me habéis creado apacible y poco inclinado a los trabajos en el campo y cosas semejantes. Me gusta pasar el tiempo pastando en la hierba y retozando en

los verdes prados, pero con los hombres no tendré reposo. Los niños se divertirán trabándome las patas y cortándome la cola, mi máspreciado instrumento para espantar las moscas y a otras bestezuelas indeseables. La lista es larga, Dios todopoderoso, y no es necesario detallarla, ya que vos la conocéis mejor que nadie.

El buen Dios reprimió una sonrisa. El asno tenía toda la razón:

—Admiro tu perspicacia, tu clarividencia e incluso tu sentido del humor. Muy bien, muy bien; sean diez años —después, dirigiéndose al hombre y al perro: ¿Quién quiere los veinte años restantes?

Antes de que el perro se manifestara, el hombre levantó la mano:

—Yo, mi Señor, yo, mi Señor, yo los tomo, yo soy el beneficiario.

El perro siguió el ejemplo del asno y con la misma teatralidad, se postró en tierra, expresando de este modo su sometimiento absoluto a la voluntad divina del Creador de las criaturas, del más grande de los más grandes. Sin ladrar, eso no se hace, dijo con un gemido hebraico y lacerante:

—Dios todopoderoso, yo pido lo mismo que el asno. Me conformo con diez años.

Dios se divertía en su fuero interno. Se deleitaba dejando hablar espontáneamente a las criaturas que habían salido de la materia gris de su cerebro de arquitecto omnisciente y de relojero omnipotente, un dios a la vez clemente y tremendamente exigente. Fingió no entender:

—Y eso, ¿por qué?

La respuesta del perro no se hizo esperar. Se podría decir que había sido aprendida de memoria y repetida cientos de veces con el fin de lograr el efecto buscado.

—Sé que seré el amigo más fiel del hombre, pero eso no le impedirá maltratarme. Los críos me tirarán piedras y ahogarán a mis cachorros. Incluso en Europa, donde tendré una mejor situación, me abandonarán en las áreas de servicio de las autopistas, al comienzo de las vacaciones y se desharán de mí como de un calcetín viejo. Se llegará a decir de alguien que vive fatal que lleva una vida de perro.

El buen Dios continuaba sonriendo mientras acariciaba su sedosa barba, que le evocaba con anticipación la piel satinada de la mujer que aún no había inventado, pero eso no tardaría mucho, porque el de barro se aburría soberanamente siempre. No quería modificar su concepción del hombre, de los animales y de la creación, porque según estimaba, había alcanzado el más alto grado de perfección, aunque estaba dispuesto a introducir algunas mejoras aquí o allá, como un inmenso virtuoso antes de su concierto. Había meditado su obra y, sobre todo, tenía claro que la verdadera aventura no tardaría en comenzar, después de la creación de la mujer y del pecado original y de toda la historia que iba a legar al libro del Génesis. Barrió con una mirada divertida a la pequeña asamblea:

—Bien, bien, ¿quién quiere los veinte años de vida que el perro rechaza?



El hombre alzó la mano:

—Yo, yo los tomo.

Adán no llevaba vivo más que un poco de tiempo, pero prefería la vida a su antónimo; el ser en la nada. Su trabajo de jardinero era en especial menos agobiante ya que todo estaba pautado como en un pliego de música. Los lobos y los corderos vivían juntos en paz y en una total armonía. El paraíso no era susceptible de ser acusado de sangre vertida y los grandes peces aún no habían comenzado a comerse a los pequeños.

—Adjudicados veinte años más de vida. Id, portaos bien, *shalom alejem*, paz a vosotros.

Dios sabía positivamente que sus criaturas no tendrían jamás paz, aquello era una forma de hablar, una manera educada. Tras el pecado original, el hombre llevaría durante sus primeros treinta años una vida que podría calificarse de normal, sin demasiados sobresaltos. A continuación, se casaría y pringaría como un asno durante veinte años para hacer frente a las necesidades de su casa y cuidar de sus hijos, antes de que ellos volaran con sus propias alas para fundar a su vez una familia y llevar la vida de los burros. A partir de los cincuenta, el hombre que ya había iniciado desde hacía tiempo una cuesta abajo, conocería la vida del perro. Con frecuencia, abandonado por sus seres más queridos, azotado por el reuma y otros males aún peores, rondaría por los pasillos de los hospitales y las salas de rehabilitación. Llegaría a de-

testar tanto su vida que la muerte le parecería un descanso, una salida liberadora.

El día en que por fin entregue el alma y el espíritu a Dios, su verdadero poseedor, estará contento de olvidar para siempre su vida en la tierra; una verdadera farsa. Sí.